1a Lect: Rom 14, 7 – 9.10c – 12

Salmo 22

Evang: Mt 25, 31 – 46

Hermanas y hermanos: cada vez que los cristianos celebramos la Eucaristía, damos gracias al Padre por el triunfo de la vida entregada del Señor Jesús, cuya entrega se renueva cada vez que nos sentamos en torno a su Mesa.

Cada vez que recodamos a algún hermano que ha partido a la Casa del Padre, como hoy recordamos a nuestro hermano y padre obispo Tomás González, quien fue pastor en nuestra Iglesia de Magallanes durante 32 años, lo hacemos con cariño y gratitud, y también invocamos la infinita misericordia de Dios, que nos conoce con amor en toda la fragilidad de nuestra condición humana.

Para eso nos reunimos esta tarde en torno a la Mesa del Señor Jesús: para dar gracias a Dios por la vida y el ministerio del padre obispo Tomás, al cumplirse un año de su encuentro definitivo con el Señor, y también para encomendarlo a la misericordia de Dios, que es el único Juez de nuestras vidas, tal como nos decía la primera lectura bíblica que hemos proclamado: "cada uno dará cuenta de sí mismo al Señor".

En la Eucaristía, el Señor Jesús renueva su entrega para darnos su vida y, por eso, también esa entrega es la que se manifiesta en todos los que viven en el Señor, pues no viven para sí mismos. Ese es nuestro agradecimiento principal por la vida y ministerio del padre obispo Tomás: porque en el conjunto de su vida no vivió para sí mismo ni murió para sí mismo, sino que el gran anhelo de su vida fue vivir y morir para el Señor con la mirada puesta en la eternidad del Señor Resucitado. Así lo señaló, en el año 2015, cuando cumplió los 80 años de edad: "El Señor ha sido muy generoso conmigo. Me ha hecho vivir momentos, yo diría, de resurrección, porque desde siempre, desde muy joven, me han tocado situaciones difíciles en la vida como religioso salesiano, como obispo, y en el trabajo realizado... La resurrección del Señor ya la he experimentado en la esperanza de tantas personas... y sentir al Señor resucitado tan cercano que es parte de la propia vida".

Para la edificación de todos nosotros recordemos algunos trazos de su vida. El padre obispo Tomás nació en Santiago, en 1935, en el hogar formado por don Osvaldo González y la señora Marta Morales, y allí, en la familia es donde primero conoció al Señor Jesús y prontamente, en 1951, inició su camino de consagración al Señor en la congregación Salesiana. Fue enviado a Italia, donde realizó sus formación filosófica y teológica, y en Turín fue ordenado sacerdote, el 11 de febrero de 1963. Luego siguió estudios en Roma, donde obtuvo el doctorado en teología moral. A su regreso a Chile, comenzó su trabajo pastoral como Director del Seminario Salesiano de Lo Cañas, fue maestro de novicios, profesor en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile, vice-provincial de los Salesianos en Chile, y vicario episcopal para las religiosas en Santiago.

El 28 de marzo de 1974, el Papa Pablo VI lo nombró obispo de la diócesis de Punta Arenas, donde inició su ministerio episcopal en abril de ese mismo año, el que se prolongó durante 32 años, hasta marzo de 2006. El P. Tomás eligió como su lema episcopal la frase de Jesús "Que todo sean uno", la que marcó todo su ministerio en una apasionada búsqueda de la unidad y la paz basada en la justicia, una apasionada búsqueda del perdón y la reconciliación.

El ministerio episcopal del padre Tomás en la diócesis de Punta Arenas, entre 1974 y 2006, estuvo condicionado por las complejas circunstancias que vivió nuestro país durante los años de la dictadura militar, y el padre obispo Tomás asumió una defensa franca y valiente de los derechos humanos, tanto en Magallanes como en el país.

En esos tiempos complejos, el padre obispo Tomás fue, en forma decidida, la voz de todos los que no tenían voz, sosteniendo con claridad la dignidad y derechos de todas las personas desde la caridad evangélica y la búsqueda de aquella paz que sólo es fruto de la justicia. Como siempre ocurre con las voces proféticas, no todos comprendieron su acción, y el padre Tomás afrontó con serenidad fundada en la Palabra del Señor las acusaciones de quienes rechazaban su acción humanitaria y evangélica, poniendo su fe, esperanza y caridad, así como su talento, sus capacidades humanas y medios al servicio de sus hermanos, especialmente, de los más pobres y sufrientes, acogiendo en ellos al Señor Jesús que nos dice "todo lo que hiciste por uno de estos, mis humildes hermanos, a mí me lo hiciste".

De esta manera, fue un verdadero padre y pastor para todos los que acudían a él buscando ayuda material o espiritual, consejo o consuelo. Su oficina en el Obispado estaba abierta a todos los que acudían a él y siempre fue generoso en la ayuda que podía brindar. Todo eso para "Que todos sean uno".

Nuestra memoria agradecida como Iglesia en Magallanes reconoce en su ministerio al pastor que impulsó la formación de comunidades en todos los rincones de nuestras ciudades y geografía. Comunidades de fe viva y caridad operante para que sean un signo del Evangelio del Señor Jesús. Para eso realizó, a fines de los años 70, el primer Sínodo de la Iglesia en Magallanes, impulsando la renovación parroquial y creación de comunidades, la formación de un laicado adulto en su fe para ser testigos del Evangelio en nuestra sociedad y su cultura, la valoración de la religiosidad de los hermanos venidos desde Chiloé, la formación de equipos de laicos y laicas que animaran los diversos servicios pastorales de la Iglesia, la creación de la Fundación Fide XII, para la promoción de un desarrollo integral, y la Fundación Esperanza, para el acompañamiento y asistencia a niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad. Todo esto, para "Que todos sean uno", dándole así, una nueva identidad e impulso evangelizador a nuestra Iglesia diocesana.

Una particular preocupación del ministerio pastoral del padre obispo Tomás fue el acompañamiento y atención a los chilenos que por razones políticas fueron exiliados, sosteniendo el derecho de todos a vivir en su país y visitando en todo el mundo a las comunidades de exiliados chilenos. Las tareas de la "Pastoral de Exilio"

se extendían, también, a la gran cantidad de chilenos que por razones económicas tenían que abandonar el país. No olvidemos que, en esos años, vivían en la Patagonia argentina más de trescientos mil chilenos; es decir, más que los que habitaban en nuestra Patagonia chilena. El padre obispo Tomás los visitaba con frecuencia y -junto a los obispos de la Patagonia argentina- realizaban múltiples tareas y gestiones para asistirlos.

La misión del padre obispo Tomás, para "Que todos sean uno", se vio enfrentada a fines de 1978 a la terrible posibilidad de una guerra fraticida entre Chile y Argentina. Los esfuerzos y contactos del P. Tomás, sumados a los del cardenal Raúl Silva Henríquez y los obispos argentinos, consiguieron la providencial mediación del papa Juan Pablo II que logró poner fin al conflicto. Los encuentros por la paz en monte Aymond, que movilizaban a centenares de personas, especialmente jóvenes chilenos y argentinos, fueron un hito importante en el desarrollo de una cultura de la paz para "que todos sean uno". ¡Gracias, padre obispo Tomás, por todos sus afanes por evitar la guerra y desarrollar una cultura de la paz!

Nuestra memoria agradecida podría extenderse en muchas otras dimensiones de lo que fue su ministerio de pastor en nuestra Iglesia magallánica, y los testimonios de muchas personas podrían poner en evidencia su presencia siempre cercana de padre y pastor, hermano y amigo, constructor de unidad y reconciliación, y siempre generoso en el perdón, para "Que todos sean uno".

En los últimos años del ministerio episcopal del P. Tomás en Punta Arenas, nuestra Iglesia se vio envuelta en dolorosos escándalos de abusos sexuales. Los cuales, como señaló en su momento el papa Benedicto XVI, en el mundo entero "han obscurecido la luz del Evangelio como no lo habían logrado ni siquiera siglos de persecución" (Carta a los católicos de Irlanda, 2010). Fue un momento muy doloroso para todos, para las víctimas, para el padre Tomás, para la Iglesia y para toda la sociedad. El padre Tomás actúo con las informaciones de que disponía y buscando el bien de todas las personas. Ante esas dolorosas circunstancias, sólo nos queda confiar que -como dice la conocida expresión- "para verdades el tiempo, y para justicia Dios".

Cuando el padre obispo Tomás vio disminuidas su salud y sus capacidades, presentó su renuncia al papa Benedicto XVI, quien la acogió el 4 de marzo de 2006. A partir de ahí se retiró a la casa de salud de la congregación Salesiana, y hace un año partió a la Casa del Padre, y sus cenizas descansan en la cripta de los obispos de ésta, su Catedral, en Punta Arenas.

Por eso nos hemos reunido en torno a la Mesa del Señor en esta tarde, para dar gracias al Señor por el testimonio de la vida generosamente entregada del padre obispo Tomás, quien no vivió para sí mismo, sino para el Señor y, para con nuestra oración, invocar la misericordia del Padre por sus faltas a causa de la fragilidad humana.

Así, juntos renovamos nuestra fe en el Resucitado y nuestro camino de seguimiento del Señor Jesús, que nos sigue llamando a ser verdaderos discípulos suyos reconociendo su presencia en todos los que padecen cualquier tipo de necesidad o sufrimiento, porque -nos dice el Señor- "todo lo que hicieron por uno de estos, mis humildes hermanos, a mí me lo hicieron".

A Jesucristo, nuestro único Maestro y nuestro único Señor, sea por siempre el honor y la gloria.

10 de febrero de 2023